

29 noviembre 1895

OJEADA EPICA RETROSPECTIVA.

DE NUESTRO PASADO HEROICO.

Por el Conde. Armando Prats-Lerma.

CON su peculiar gallardía de porte marcial, donaire propio y viril apos-tura, jinete en rijoso corcel de caña fina, admirable alzada y piafar elegante y cadencioso, atravesó el perínclito General Antonio Maceo las verdes campiñas camagüeyanas al compás del Himno Invasor y toque a vanguardia de las trompetas de la fama, sin encontrar al león ibero que aguardaba por instantes le obstaculizara el paso. Y en medio de un nebuloso amanecer, rebasó la tan decantada trocha militar de Júcaro a Morón el 29 de noviembre de 1895 por un punto no distante de Ciego de Avila, pueblo en donde había pernoctado hacia muy poco con buen golpe de tropa el jefe realista Aldave. Uno de los dos fortines por entre los cuales hizo el cruce el General Antonio, denominado La Redonda, vino a abrir sus fuegos en los instantes que atravesaba el bagaje cubano, lo cual no dió motivo a interrumpir la marcha de los soldados de la libertad. Otra fuerte columna española se hallaba en aquellos momentos en Morón, villa situada al otro extremo de la línea fortificada; y el general español Suárez Valdés, comandante general de las Villas, operaba también por aquellos contornos combinadamente con otras unidades del cuerpo de su mando. En opinión del gobierno de la metrópoli, el osado cabecilla invasor debía encontrar infaliblemente su caída en la mencionada trocha, línea a quien los monárquicos de aquende y allende venían diputando inexpugnable. Y tal augurio lo basaba Madrid en lo acabado de las fortificaciones de aquel camino, defendido por fuertes, fosos y alambradas, además de estar erizado de cañones y fusiles a cortos trechos en toda su extensión. Había también doce grandes campamentos y cinco alojamientos defensivos; y la manigua estaba arrasada en los costados de la vía (1); Y en los ocho kilómetros de terreno cenagoso que median de Morón a Laguna Grande, se hallaba construído un ferrocarril para el servicio de la tropa. Los fuertes se miraban de uno a otro, en línea recta, a distancia de un kilómetro.

DESPUES DE LA TROCHA

La primera sangre de patriotas derramada después de haber pasado la legión oriental aquella línea de fuertes, fosos y alambradas que los monárquicos tenían por infranqueable, fué en una escaramuza habida en la hacienda La Reforma, a cuyo lugar llegó Suárez Valdés una hora más tarde de haber levantado el campamento la fuerza patriota en la mañana del día 2 de diciembre. Pero el General Maceo, siempre previsor y de antaño entendido en las ofensivas a ese jefe godo—a quien ya había hecho morder el polvo en otras ocasiones—, dejó antes de partir de aquel sitio y en lugar escogido, una emboscada de cien infantes, la cual poco tardó en hacer maravillas de puntería. El comandante general de la provincia de Santa Clara supuso que combatía contra Gómez y Maceo; y temiendo acaso caer en otra sorpresa, optó por volver grupos a Sancti Spiritus, pueblo donde infortunadamente hizo su entrada al siguiente día con larga hilera de camillas. El retén cubano por su parte anotó en esa escaramuza un muerto y siete heridos; y así, en tan sencilla refriega, comenzó el vasta deposanto de los orientales en su paso triunfal por las provincias de la Vueltaabajo.

El General en Jefe Máximo Gómez, se unió a la columna invasora en el punto conocido por San Juan, poco antes de acampar en Lázaro López.

LA ENTRADA EN LAS VILLAS

Ahora no será nuestro propósito ni mucho menos ¡librenos Dios! relatar seguidamente el combate de Iguará, pues esa victoria de las armas cubanas, como todos los demás triunfos y reveses de Maceo durante la irrupción, a las provincias occidentales, va fué descrita magistralmente con lujo de detalles por pluma testigo, bien cortada y de incomparable estilo. Además, ninguno por cierto de nuestros épicos narradores ha podido presentarse en el campo de la historia tan francamente como Miró, del brazo de Clío, llevando notable bagaje de hechos rigurosamente cronológicos, exactos, tomados lápiz en ristre en el teatro mismo de los

acontecimientos y maravillosamente expuestos en prosa galana, tocada por el pincel artístico de su gran talento, con imágenes encantadoras y metáforas que deleitan, e hipérbolos verdaderamente ingeniosas e impresionantes, escrito todo al calor del inmenso cariño que él profesaba a esta tierra de sus amores, de sus encantos y de toda su querencia, y al deseo infinito de libertad que arraigaba en su alma de patriota. Pero es fuerza que ahora digamos alrededor de esa primera función guerrera de los orientales en las Villas, que a no haber sido por la acertada disposición del Alto Mando cubano y la rápida ejecución del Adalid de Bronce en aquella inesperada liza, así como la decisión y bravura demostradas por la hueste invasora, tan avezada al combate abierto como a la lucha de guerrilla, probablemente el lugar de Iguará se señalaría hoy con el más tétrico de los puntos negros en nuestro mapa histórico. En aquel instante una victoria para el ejército patriota era algo más que problemática, casi imposible, ya que nada había en el cuadro que adujese en su pro, y si todo en favor de su contrario.

Tanto el General Gómez como el General Maceo, desde que levantaron el campamento de Trilladeritas ignoraban que al pie del caserío de Iguará se encontrase una tropa enemiga dispuesta para combatirlos. En cambio el Coronel Segura, jefe de ella, estaba enterado que no distante de aquel lugar se hallaban en marcha esos cabecillas; y era sabedor, además, por una pajarota lanzada horas antes por Suárez Valdés, que Gómez y Maceo habían sido arrojados el día anterior del campamento que tenían en La Reforma. Con tal noticia, es de colegir que la columna de Segura estaría envalentonada. Agréguese a esto lo impropio del terreno para maniobrar caballería, que era el arma única de que se componía la invasión, pues la infantería se había separado del grueso de la columna expedicionaria momentos antes. Además, los realistas se encontraban ordenados a espaldas de un campamento suyo y contaban con posición ventajosa, aduenados del camino y de las atalayas del sitio. Sólo un momento antes de comen-

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL DOCUMENTAL

zar el combate vino a saber el General en Jefe que se hallaba a la salida de Iguará, camino de Sancti Spiritus, una tropa monárquica. Aún no había podido vadear el Jaitibonico más de la mitad de la fuerza republicana.

El mismo Maceo estaba en pleno vado cuando se le comunicó que el enemigo se hallaba presente. Estudió él entonces con su vista de lince el instante preciso, erguido desde una eminencia y pudo advertir, en menos de un minuto, que sólo por el flanco derecho, pero a costa de sangre, podían ser vencidos aquellos españoles. Ese día era el 3 de diciembre. Las fuerzas al mando de los generales Gómez y Maceo habían levantado su campamento de Trilladeritas (Camagüey) para continuar la marcha hacia la Vueltabajo.

Del mismo lugar y por disposición del General en Jefe, había partido también en horas matutinas el Brigadier Quintín Banderas con la infantería, quien caminaba a buen andar rumbo al valle de Trinidad, desde donde debía dejarse sentir a su paso combatiendo y haciendo estragos al enemigo, hasta reincorporarse al Cuerpo Invasor en la provincia de Matanzas o la de La Habana. Esa era la orden. Sus fuerzas se componían de ochocientos infantes traídos por Maceo, más un escuadrón de las Villas. La columna invasora, por otra parte, llevaba a la vanguardia la caballería de Sancti Spiritus; y a las dos horas de camino se llegó al Jaitibonico, aguas que política y geográficamente dividen a camagüeyanos y villareños. Aún los invasores no habían terminado de esguazar el río cuando Gómez fué enterado por medio de «un pacífico» que una tropa española fuerte de mil hombres se disponía a salir en aquellos momentos del campamento de Iguará. Maceo recibió incontinenti órdenes de prepararse al combate. La distancia que se mediaba del enemigo era en extremo corta. El tiempo de que se podía disponer, por tanto, era breve. Sólo un minuto más y... se escuchan detonaciones de fusilería hacia el lado de la vanguardia, donde el General Gómez con bravura trataba de cestrar el frente a sus contrarios y se disponía a la vez a contrarrestarlos por el lado izquierdo, mientras Maceo atacaba heroicamente

por el flanco derecho con su proverbial acometividad.

A la caballería patriota se le hacía difícil evolucionar, no tanto por las quebradas del terreno como por la espesura de la maleza, mientras que los españoles contaban con una excelente posición que les brindaba la topografía del terreno. La retaguardia cubana no había podido aún vadear el río. Maceo entonces se vió obligado encima del enemigo a cortar cercas y abrir portillos, a fin de que la caballería oriental pudiese salir al claro y emplear con impetu el arma blanca, su arma predilecta. En esa maniobra, que sólo tuvo de duración unos cuantos minutos, quedaron cerca de cincuenta patriotas fuera de combate. Entonces se exacerbó más el ánimo de los invasores, quienes mirando ya el peligro con desprecio, se lanzaron con Maceo al frente y conquistaron primeramente una de las cercas del camino; y seguidamente en otra acometida heroica destrozaron el cuadro de una fila que tenían formado los realistas, quienes se vieron obligados a replegar con ligereza hacia el caserío de Iguará, donde llegaron también muchos heridos, dejando abandonados sus numerosos muertos, buen número de fusiles y varias acémilas cargadas de material de guerra. Maceo decidió la acción con una carga impetuosa. Los realistas quedaron derrotados y se le hicieron unos cuantos prisioneros, que fueron dejados en libertad.

En opinión de la crítica militar cubana, la maltrucha columna del Coronel Segura pudo refugiarse en Iguará, debido a haberle faltado en aquel momento la infantería al General Maceo.

CONTINUAN LA MARCHA LOS INVASORES

Dos días después del combate de Iguará, el gobierno, que había presenciado la acción, retornó a Camagüey; y al fin de anunciar a los patriotas de Vueltabajo la ruta de la columna invasora, partieron para Occidente los valientes jóvenes habaneros Raúl Arango, Néstor Aranguren y Rafael de Cárdenas.

En los días 11, 12 y 13 de diciembre el ejército invasor, cuya misión era la de no detenerse en el camino más que el tiempo preciso para dirimir cualquier lance con el adversario, chocó sus armas con las tropas del General Oliver en Boca de Toro, Manacal y en el camino de la Siguanca. El 15 llegaron a Mal Tiempo, lugar donde Gómez y Maceo acometieron con singular heroísmo al batallón de Canarias al mando del Teniente Coronel Rich,

que quedó deshecho en el campo de batalla, anotando por su parte los cubanos unas cincuenta bajas. Vinieron después las refriegas de la Colmena, El Desquite y las Antillas. Y el 22 de diciembre entraron en el pueblo del Roque; y al siguiente día se combatió con bravura espartana en Coliseo, donde el General Martínez Campos se vió precisado a tomar precauciones de repliegue.

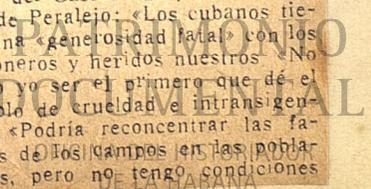
Dos días más tarde los cubanos retrocedieron y esguazaron el río Hanábana, a fin de dejar los heridos en sitio seguro y adecuado; el 27 tomaron las armas del ingenio Socorro, volviendo de nuevo a tomar el rumbo franco hacia Occidente. Al llegar a Calimete (29 de diciembre), el núcleo invasor se vió acometido por dos columnas de las tres armas, ascendiendo a muy cerca de ciento el número de bajas patriotas. En la acción de El Estante (1o. de enero de 1896), se cubrieron de gloria por su comportamiento heroico los hermanos Ducasse (Vidal y Juan Eligio); y el día 3 el regimiento García, al mando de Masó Parra, entró en Melena del Sur, donde la guarnición hizo entrega de las armas y municiones. En Güira de Melena y Alquizar (4 y 5 de enero respectivamente) el ejército invasor se posesionó del material de guerra, e igualmente en Ceiba del Agua, lugar donde se puso en polvorosa la tropa que guarnecía. El 6 de enero entraron Gómez y Maceo en los pueblos de Vereda Nueva y Hoyo Colorado, apoderándose en uno y otro de todo el depósito de la guarnición.

Al obscurecer rindieron la jornada del día en el ingenio Baracoa. En este campamento fueron visitados los dos caudillos por el ilustre holguinero Perfecto Lacoste, patriota inmaculado.

El 7 de enero se separó el Lugarteniente General del General en Jefe y continuó la invasión a Pinar del Río.

REEMBARQUE DE MARTINEZ CAMPOS

Triste y taciturno, pasajero del Alfonso XII, con los codos en la borda de babor y la cabeza entre las manos, dijo adiós a Cuba por última vez el Capitán General Don Arsenio Martínez Campos desde la rada habanera al comienzo de 1896, repitiendo acaso, al pasar por el canal, en pleno soliloquio, aquellos sus pensamientos desde Manzanillo en carta privada a D. Antonio Cánovas del Castillo después del combate de Peralejo: «Los cubanos tienen una generosidad fatal con los prisioneros y heridos nuestros. No puedo yo ser el primero que dé el ejemplo de crueldad e intransigencia». «Podría reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones, pero no tengo condiciones



para el caso. Sólo Weyler las tiene en España». «Yo tengo creencias que son superiores a todo, y que me impiden los fusilamientos y otros casos análogos».

Como se ve, el restablecedor en Sagunto de la dinastía borbónica se negaba a cometer fusilamientos de gente pacífica y a reconcentrar en las orillas de las fortificaciones españolas las familias de los campos de Cuba. El había podido palpar durante su mando en la Isla la generosidad de los jefes republicanos para con los soldados de España. En toda la provincia de Santiago de Cuba las fuerzas patriotas habían hecho a esas fechas prisioneros en cantidad a las columnas realistas; y la orden cubana de devolución de prisioneros se había cumplido estrictamente. Los heridos españoles, además, que habían sido abandonados por los suyos en el campo de batalla, siempre fueron bien atendidos y curados por los galenos de la manigua. Se le había devuelto a Martínez Campos la guarnición de Ramón de las Yaguas, así como la multitud de prisioneros de Peralejo y los que en la loma de La Breñosa se le hicieron al General Echagüe, entre ellos su médico de Estado Mayor, quien por cierto se mostró perplejo, confundido, por las muestras de cortesía que recibió en las veinte horas que permaneció en el cuartel cubano. Y sin embargo de haber los jefes revolucionarios librado de la muerte a tantos cientos de vidas españolas, Martínez Campos para aquietar la voracidad de los voluntarios de La Habana y Matanzas, cometió la ligereza sin nombre de darles pasto, fusilando a Acebo y a Domingo Mujica, dejando además entre rejas a López Coloma, para que le sirviese a Weyler de aperitivo.

No quería él fusilar ni arrebatarles el honor a las familias cubanas llevándolas a la forzada desventura de morar en la intemperie alrededor de los cuarteles y fortines hispanos; porque «él tenía creencias que eran superior a todo». Pero en carta que dirigió a D. Antonio Cánovas, Presidente del Consejo de Ministros, fechada el 25 de julio y de la que hacemos referencia anteriormente, indicaba a este personaje, como medida de guerra, la reconcentración; y le señalaba al mismo tiempo al único general exento de conciencia que en España tenía condiciones para el caso, y también para cometer la crueldad de los fusilamientos. Es decir que de las cien mil víctimas que ocasionó en nuestra patria la reconcentración, es tan responsable ante la historia Martínez Campos, como lo han sido Weyler y Cánovas del Castillo, pues que el trapacista del Zanjón dió la fórmula, el jefe del gobierno dispuso su implantación y el conocido prognato

liliputiense hizo de nuevo su viejo papel de ministro ejecutor.

WEYLER A CAMPAÑA

Atendiendo D. Antonio Cánovas las indicaciones de Martínez Campos, no tardó en designar a Weyler Capitán General de Cuba. Se hallaba éste en Barcelona y partió en seguida para Cádiz, no sin antes recibir del Presidente del Consejo el plan de exterminio que puso en planta desde que comenzó su mando.

Hagamos un poco de historia, aunque suscitamente, al recordar a Weyler, que vino por primera vez a Cuba siendo capitán; y le tocó ser uno de los expedicionarios que invadieron en mala hora y en son de reconquista, la República de Santo Domingo. Protegido allí por el traidor Santana, con quien no tardó en hacer amistad estrecha, realizó en cierta ocasión una marcha de San Cristóbal a la capital, en cuyo trayecto dió muerte a unos pacíficos nativos, lo cual dió motivo a que al comandante Weyler, por la mendacidad del parte, se le rindieran honores de capitán general en campaña. También obtuvo Weyler en Santo Domingo la cruz laureada por otra matanza colectiva.

El traidor dominicano Santana, ayudado a su vez en parte por Weyler su nuevo camarada y subordinado, fué nombrado por el gobierno de Madrid Teniente General de los ejércitos nacionales y se le asignó un sueldo vitalicio de doce mil pesos al año a más del nombramiento de Senador del Reino y título de Marqués de las Carreras. Todas estas concesiones eran en pago de la venta de su patria al extranjero. Santana carecía de la más elemental instrucción. Este hombre infortunado resultó ser en su país la negación del patriotismo; y murió avergonzado y arrepentido.

Al estallar en Cuba la Revolución de Yara se encontraba ya en La Habana el teniente coronel Waleriano Weyler, pues también le había tocado ser de retorno uno de los evacuados de la República Dominicana en 1865, donde había pasado los cuatro años y ocho meses de aquella ocupación militar injustificada, y de la cual aparece ante la historia el general Santana como el primer responsable, y en segundo lugar el gobierno de O'Donnell por su ambición desmedida de expansión territorial.

Valmaseda, que fué el más grande de los protectores que tuvo Weyler en nuestro país, en su viaje hasta Bayamo le nombró Jefe de Estado Mayor y de él dió los más brillantes informes por la carnicería del Saladillo. En los demas partes oficiales siempre hizo Valmaseda de él especial mención por su valor, inteligencia y «servicios

los voluntarios pertenecientes al cuerpo organizó entonces una fuerza de 1,500 hombres para salir a campaña, pero a condición de llevar a Weyler como primer jefe. Varias veces fué propuesto entonces para comandante, aunque las tropelías que en las partes aparecían como acciones de guerra, habían sido cometidas contra gente pacífica, según siempre se afirmaba hasta entre los suyos.

Vicente García le dió una terrible sorpresa a Weyler, como a distancia de nueve leguas de las Tunas, pero él la dió como victoria de las armas realistas según el parte, por más que tuvo que abandonar muertos y heridos. Sus correrías en Oriente que más se recuerdan con horror, son las de los fuertes de Jagüey de Cabaniguán y El Lavado, cuyos caseríos convirtió en inmenso prostíbulo. Toda cubana hecha entonces por él prisionera tenía dos caminos: imitar a la mujer del emperador Claudio para salvar la vida, o de lo contrario servir de comida a las auras y perros montaraces. Allí, entre tantas víctimas que hizo, dió muerte espectacular con los guerrilleros a los hermanos Augusto y Eugenio Odoardo y Estrada, bayameses de posición desahogada, cultos, que habían viajado por América y Europa y pertenecían a distinguida familia, así como también al niño de trece años, sobrino de los mismos, Rafael Calás y Odoardo, a quienes en el centro de aquellas montañas los cipayos hicieron prisioneros cuando estaban acostados en camas de cuje abrasados por la fiebre. Weyler convirtió en un cementerio toda la vasta zona militar dominada por esas fortalezas. También Holguín fué teatro de sus carnicerías y lubricidades, como lo fueron Bayamo y las Tunas. En Camagüey se hallaba cuando la incineración del cadáver de Ignacio Agramonte, en cuyo hecho repugnante tomó parte principalísima, pues era entonces nada menos que el subordinado máspreciado del General Fajardo. Sin que sepamos la causa o el origen, por más que algunos lo atribuyen a sus excesos, lo cierto es que en mitad de la campaña, en julio del año 73, fué relevado a la Península desde donde no volvió jamás a la contienda.

ARCHIVO DOCUMENTAL

Destacado en las Islas Canarias, a donde edificó un cuartel, recibió el título de Marqués de Tenerife en el año 87. También fué Senador del Reino, pero como político siempre pasó inadvertido por su beotismo. Tuvo mando igualmente en las islas Filipinas desde el año 88 hasta tres años después, tiempo en que dejó huellas imborrables en la campaña de Mindanao, tales como las que dejó su congénere Camilo Polavieja, que fué el matador del doctor Rizal. El gobierno premió entonces a Weyler, condecorándolo con la gran cruz de María Cristina.

El 19 de enero de 1896, estando destacado en la capital de Cataluña, se le nombró Capitán General de Cuba; nombramiento que recibió con alborozo, dada su condición carnívora. Antes de partir para la Habana, ya en Cádiz en espera de la salida del vapor, el 29 del mismo, dió para su publicidad las siguientes líneas:

«Al llegar a Cuba me propongo limpiar de insurrectos las provincias de La Habana, Matanzas, Pinar del Río y las Villas, entendiéndose que me refiero, por ahora, a las gruesas partidas que las invaden. Después me quedan las pequeñas partidas de bandidos, que exterminaré paulatinamente.»

Weyler al fin arribó a La Habana en el Alfonso XIII el 10 de febrero; y una semana antes había llegado a España por el puerto de la Coruña Martínez Campos, quien dió a la comitiva oficial de su recibimiento: «La suerte en Cuba me fué adversa; me he equivocado y de fraudé por tanto las esperanzas de la opinión que unánimemente me designó para la campaña.»

El mismo día que hacía Weyler en tierra andaluza la declaración transcrita, se recibió en el Ministerio de Estado un despacho cablegráfico del Plenipotenciario español en Washington, señor Dupuy de Lome, participando a su gobierno el hundimiento del «Hawkins» en el Atlántico, barco expedicionario que se dirigía a las costas de Cuba con valioso cargamento bélico. La forma empleada en dicho parte por S. E. el Ministro de S. M. C. resulta tan prosaica como trivial y por lo mismo alejada de todo eufemismo diplomático, que aún después de los años transcurridos todavía su certeza se nos hace cuesta arriba. Terminaba diciendo que en el naufragio se habían ahogado diez expedicionarios, «pero que desdichadamente no se había ahogado Calixto García.»

Al desembarcar Weyler en La Habana, una muchedumbre inmensa, ávida de saludar al nuevo pro-

4
cónsul, cubría los muelles y litoral de la bahía. A más del elemento oficial, acudieron al recibimiento las representaciones de las sociedades de esta capital, así como las de los partidos Unión Constitucional y Autonomista, las cuales con gran júbilo y a los gritos de ¡Viva España! y ¡Viva Weyler! se ofrecieron incondicionalmente al gobernante cuyos recuerdos habían puesto ya en atención a los pueblos y gobiernos del continente.

Después de haber Weyler tomado posesión del mando de la Isla en nombre de S. M. la Reina Regente y de su Augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, dió que había venido a Cuba a acabar la guerra en el campo y también en las ciudades; que se mostraría tolerante siempre que la tolerancia fuera compatible con sus deberes. Refiriéndose a los peninsulares e insulares, manifestó que los unos y los otros habían dado pruebas de patriotismo, «y recuerdo con orgullo, como español, la lealtad con que en la guerra pasada los hijos de Cuba formaron columnas que prestaron grandes servicios a España.»

Dirigiéndose después y en particular a los jefes de voluntarios, hubo de decirles que él sabía lo mucho que ellos valían para España; «y en cuanto a los cubanos, los que quieran estar a mi lado, serán nuestros hermanos, lo mismo los blancos que los negros. De negros estaba formada toda mi escolta en la pasada guerra (2) y aquellos negros se portaron admirablemente. Son, pues, tan amantes de España, como los blancos». (3).

Debido a las primeras impresiones enviadas por Weyler a España contra los americanos del Norte, porque les vendían armas a los insurrectos cubanos y permitían que en Nueva York funcionara públicamente una Delegación del Gobierno insurgente, se desbordó el populacho al comenzar el mes de marzo en Barcelona y también en Madrid en manifestaciones imponentes, tratando de atacar los consulados de Estados Unidos de América. Esto dió motivo a que el editor del New Journal de Nueva York

se dirigiera por cable a la reina de España, suplicándole le contestase si las manifestaciones públicas realizadas reflejaban el verdadero sentir de España para con los Estados Unidos. La contestación no se hizo aguardar por medio del Presidente del Consejo de Ministros, quien hábilmente dió a entender que nada había ocurrido, «pues los manifestantes no pasaron por las puertas donde se ostentaban banderas americanas; pero sería imposible negar que el sentimiento de disgusto en España es hoy unánime y profundísimo, tal como no se ha experimentado desde principios de siglo.»

LA PRIMER NOTA AMERICANA

No hay duda que la llegada a Cuba del Capitán General Weyler hizo estremecer los corazones de la América, pero más señaladamente en los Estados Unidos; tal era la estela dejada por tan tristemente célebre personaje en la Guerra de Yara. Y el gobierno de Mr. Cleveland, representado en tan señalada ocasión por Mr. Olney, Secretario de Estado, se dirigió al de España por medio de su representante en Washington al comenzar el mes de abril (1896) ofreciéndole sus buenos oficios para la consecución de la paz, caso de serle cedido a los cubanos derechos y poderes para un gobierno propio local. Es decir que Mr. Cleveland pedía la autonomía para los cubanos como primer paso a la libertad.

El Plenipotenciario español en Washington Sr. Dupuy de Lome, hechura del intransigente D. Antonio Cánovas, comunicó por cable y bien pronto a su gobierno «que consideraba muy satisfactorio el escrito de Mr. Olney, pues en él hay manifestaciones explícitas de reconocimiento a la soberanía de España, declaraciones categóricas y respetuosas de que no se intenta intervenir, y apreciaciones verdaderas de lo que sería la Isla si a los insurrectos se viera entregada. Nada tiene de extraño que siendo tan difícil conocer la verdadera situación de Cuba, habiéndose, durante más de un año, agitado la opinión en contra de España, y manifestándose de modo tan agresivo en los discursos del Congreso, haya algunos períodos en los que se da demasiada importancia a la insurrección y se desconocen las fuerzas de España.»

Cierto que Mr. Cleveland no siguió la corriente de opinión de su pueblo, que solicitaba constantemente por medio de las Cámaras y la prensa el reconocimiento de la beligerancia para los cubanos e intervenciones hasta dejarlos libres del yugo colonial. Sin embargo, dentro de lo más significativo de la nota, sobresalen las siguientes manifestaciones:

(1) Meses más tarde, en épocas de Weyler, se le adicionó a esta trocha, entre otras cosas, una esfera luminica de seis metros de ancho en el trayecto de los 68 kilómetros de aquella arquitectura militar, de modo que podía apreciarse cualquier objeto a distancia de setecientos metros. También se instalaron dos estaciones heliográficas, una en Morón y otra en la isleta de Turiguanó, así como una estación telefónica y la vía férrea.

(2) Y en la de 1895 también.

(3) Los descendientes de esos blancos y de esos negros a quienes Weyler se refiere, con el tiempo se adueñaron de la Administración Pública.

«España ha enviado ya tal número de soldados a Cuba, que vuestra teoría de que cuando ellos pudieran ser empleados en una campaña activa la insurrección sería vencida casi instantáneamente, parecía razonable y probable. En esta cuestión creáis que la actual insurrección ofrecía un contraste con la que

comenzó en 1868, y que habiendo sido resistida débilmente y con fuerzas pequeñas, prolongó su existencia por más de diez años. Los rebeldes parece que hoy dominan una parte de la Isla mayor que en ocasiones anteriores; los que están en armas, estimados hace un año en 20.000 hombres, se concede hoy que ascienden, por lo menos, a tres veces más. Mientras tanto en disciplina han mejorado, su abastecimiento de armas modernas ha aumentado considerablemente, y el mero hecho de que han podido sostenerse hasta ahora, les ha dado confianza ante sus propios ojos y prestigios en el mundo entero.

«Es imposible negar que las esperanzas que abrigábais en el verano han sido por completo defraudadas. La otra revolución duró diez años y no fué subyugada, sino que sucumbió a la influencia de ciertas reformas que fueron prometidas. Aleccionada por la experiencia, España intentó que su lucha en la presente revolución fuera corta, rápida, decisiva y aplastante en sus comienzos, concentrando contra ella grandes y bien organizados ejércitos, infinitamente superiores en número, disciplina y equipo a todo lo que los insurrectos pudieran oponerle. Dichos ejércitos fueron puestos bajo la dirección de su más hábil general al par que su más renombrado hombre de Estado, de uno cuyo solo nombre era para los insurrectos una seguridad,

tanto de la pericia militar conque se les combatiría como del prudente y liberal ánimo conque sus justas demandas serían recibidas para satisfacer los agravios que tuvieran. Sin embargo, los esfuerzos de Martínez Campos parecen haber fracasado por completo y su sucesor, Weyler, un hombre que justa o injustamente parece haber representado todas las durezas de la lucha, recibe ahora nuevamente refuerzos de tropa.

«Hasta aquí España ha hecho frente a la insurrección con la es-

pada en la mano; no ha dado muestra alguna que indique que la rendición y sumisión serían seguidas de otra cosa que de una vuelta al antiguo régimen.

«¿No sería prudente modificar esta política y acompañar la aplicación de la fuerza militar con una declaración oficial de los cambios

que se proponen en la administración de la Isla, con objeto de suprimir todo justo motivo de queja?

«A España compete considerar y determinar cuáles deben ser esos cambios».

WEYLER ARRECIA LA CAMPAÑA

Weyler había ya transmitido órdenes severísimas a los jefes de Divisiones para arreciar la campaña; las familias de los campos prisioneros eran llevadas alrededor de los cuarteles españoles, sin pan ni abrigo, ni auxilios de la ciencia. La muerte funcionaba constantemente y los fusilamientos en des poblado y sin consejo de guerra se efectuaban a toda hora y en todas partes, pues la Isla estaba de un extremo a otro insurreccionada.

Maceo, incansable, había combatido contra los coroneles Tort y Segura; y también había medido sus almas victoriosas contra los generales Linares, Luque, García Navarro, Cornell y Aldecoa, Glavis, Prats, Molina, Hernández de Velasco y Sánchez Hechavarría.

Los cubanos respondieron al reto con virilidad y al siguiente día de la llegada de Weyler resultó herido el General Cornell por Maceo en Laborí. Seguidamente Adolfo del Castillo atacó a Madruga y Cayito Alvarez entró en Consolación del Sur; y Guamuta corrió la misma suerte. Maceo combatió reciamente a la columna de Segura en San Antonio de las Vegas; y batió a Hernández de Velasco en La Catalina; y el 18, o seáse a la semana de pisar tierra cubana el Marqués de Tenerife, atacó a Jaruco. Los pueblos de Guane y Mantua fueron incinerados por el General Antonio Varona; y el Coronel Sanguily destruyó al Estante. Pero la nota más heroica y por lo mismo más resonante del Ejército Libertador a la llegada de Weyler, la dió en Bayamo el Regimiento Carlos Manuel al mando del Coronel José Fernández de Castro, suprimiendo del tablero enemigo a uno de los hombres más feroces que había dado el mundo hasta la fecha: a Lolo Benítez, el asesino

de mujeres y niños, la hien, que en persona degollaba a los hombres amarrados. La monarquía en correspondencia a sus servicios, que databan del año de 1869, lo había graduado coronel, jefe de las guerrillas de aquel Departamento. Martínez Campos le nombró y Weyler en seguida de su llegada lo ratificó en el puesto, felicitándole a la vez. Eran amigos de antaño

En Oriente se respondió además con inusitado brío al reto de Weyler, y durante todo el año 96 y 97, al igual que en los días del General Blanco, pusieron muy en alto sus nombres a las órdenes de Calixto García los generales Jesús Rabi, Pedro Pérez, Agustín Cebreco, José Manuel Capote, Salvador

Ríos, Francisco Sánchez Hechavarría, Luis de Feria, Saturnino Lora, Mariano Torres, Francisco Estrada, Pedro Vázquez, Julián Santana, Remigio Marrero, Cornelio Rojas, Florencio Salcedo y Joaquín Planas.

PETICION DE 3,000 ORIENTALES MAS PARA OCCIDENTE

El General Calixto García había emprendido también sin descanso operaciones por el territorio de Holguín, las cuales no pudo continuar debido a que le sorprendió una orden del General en Jefe, que con toda urgencia pedía un contingente más de 3,000 orientales para Occidente. El General García al verse imposibilitado de cumplir inmediatamente esa disposición, despachó en comisión a su Jefe de Estado Mayor General Mario Menocal hacia el Cuartel General del Generalísimo. Y en espera del retorno del comisionado, inició entonces nuevamente operaciones, pero esta vez por sobre Bayamo y Jiguani, cuya última población atacó en la mañana del 13 de marzo con dos piezas de artillería. Pocos días después regresó el General Menocal confirmando la orden del General Máximo Gómez. Y en consecuencia, el Jefe del Departamento Oriental dispuso que el General Mariano Torres con la División oriental de Holguín emprendiera marcha por la costa norte hacia la trocha enemiga de Júcaro a Morón; que el General Enrique Collazo con la brigada Tunas y la de Holguín occidental, se encaminara también en igual dirección, pero por la costa sur, mientras él con el resto de los 3,000 hombres—tomados de Guantánamo y Cuba—, marcharía por el centro. Cumplido el mandato y ya en tierras de Camagüey, estas dos fuerzas recibieron órdenes de contramarchar aceleradamente; pues había desembar-

cado en Banes una fuerte expedición comandada por los generales Joaquín Castilly Duany y Carlos Roloff (21 de marzo del 97). Sobre este punto se reconcentraron con ligereza las fuerzas de Oriente, a fin de salvar los expedicionarios y el material de guerra. El enemigo con fuerte columna de desembarco y siete buques de guerra al mando del Almirante Navarro, se situaron en la bahía de Banes y se combatió incesantemente durante el final de marzo y casi todo el mes

de abril. La aglomeración de fuerzas patriotas y la falta de quinina y provisiones, desarrolló una terrible epidemia que asoló aquella jurisdicción en los tres meses subsiguientes, dejando casi desiertos los campamentos.

HACIA LA YAYA

El Gobierno que, como sabemos, había pasado a las Villas con el General Máximo Gómez, retrocedió a Camagüey, donde volvió a fijar su residencia y además señaló la fecha de las elecciones para Representantes en el mes de mayo, de modo que debían estar los electos reunidos en la residencia del Gobierno el 2 de septiembre. Se verificaron los comicios con la honradez propia de patriotas, pero en la fecha escogida no les fué posible llegar a los Representantes por Occidente, ni tampoco lo pudieron hacer el 19 del mismo. En esta fecha se congregaron los Representantes por Oriente en Aguará y el Consejo de Gobierno entregó a la Cámara constituida, quedando hecho cargo los Secretarios del despacho material de sus departamentos. En los primeros días de octubre, tras mil vicisitudes, llegaron al fin al Gobierno los Representantes de Occidente, quienes con grave peligro de sus vidas habían pasado la trocha navegando por esteros, ensenadas y parte de la bahía del Júcaro. Y el 10 de octubre se reunió la Asamblea Constituyente en la Yaya, Camagüey. Componían ésta los Representantes Tomás Padró, Manuel Despaigne, Enrique Collazo, Manuel Rodríguez Fuentes, José Fernández de Castro, José Fernández Rondán, Carlos Manuel de Céspedes, Lope Recio, Salvador Cisneros Betancourt, Manuel Ramón Silva y Pedro Mendoza Guerra, por Oriente; y por Occidente Cosme de la Torre, Andrés Moreno de la Torre, Fernando Freyre de Andrade, José Lacret Morlot, Domingo Méndez Capote, Ernesto Font Sterling y José Braulio Alemán. El Dr. Fermín Valdés Domínguez se vió impedido de tomar posesión del cargo.

Agosto 11/35



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA